

tra la manía pedagógica y contra la fascinación del espectáculo de lo que hay» (3).

El derecho a la lucidez es un reducio de la libertad que ninguna espada puede allanar; el desengaño es un logro del espíritu que contradice a toda institución. No es de extrañar, entonces, que el *Ensayo* de Savater haya sido rechazado en los medios académicos, así como es rechazado en el ámbito de las corrientes oficiales de la filosofía contemporánea el pensamiento de Cioran, anti-antropológico, anti-intelectual, irreverente, agresivo.

En su *Ensayo sobre Cioran*, Savater recorre el pensamiento del filósofo no para agotarlo, sino para volver a plantearse, a renovar las dudas, a poner (otra vez y nunca suficientemente) en tela de juicio las creencias que pretenden todavía ser sostén de lo ya insostenible: Dios, Historia, Hombre, Civilización. Recorrido conciso y claro, tenso, que se suma al estremecimiento cioraniano —a su furor— frente a la incurable estupidez del género humano, a su afán de consuelo y veneración, a su terco aferrarse a la esperanza, al deseo, al amor, a la plegaria, a la razón, a la ciencia, a todos los espejismos que le escamotean y retarden su inminente caída fuera

del tiempo. Desengañado, tampoco acepta el orden de un mundo que se pretende estable, justificado y moderadamente feliz a pesar de su visible estado de decadencia y putrefacción.

La afinidad de Savater con el pensamiento cioraniano no le impide, sin embargo, guardar su distancia y situarse objetivamente frente a él. En el epílogo, después de reconocerse un «faible» por **estructurar lo último** (mientras que en Cioran todo es escrutar, *mirada*), señala las características que hacen de Cioran un pensador aparte, inimitable, imposible de seguir como ejemplo: su humor y su estilo literario, «un estilo más atento a expresar lo indecible de su fondo... que a comunicar cualquier contenido elementalmente transmisible por informativo» (4). Un estilo que es rumor de carcajada, sonrisa cruel, sarcástica, desengañada y burlesca, «risa exterminadora» que, en efecto, ya no es escritura, pero sí lectura, liberación que se realiza en el lector.

Quizá cabría preguntarse (a manera de diálogo que quiere proseguirse, más allá de las páginas del *Ensayo*, con la obra original) si el desengaño, esa «pasión del alma lúcida», no tiene como **misión** (con todas las reservas que

pueden ponerse a este término dentro de una obra que no pretende ningún mensaje) en Cioran hostigar la conciencia del hombre para, primero, impedirle vivir y morir tranquilo, y, segundo, recordarle que posee una vocación de hombre, es decir, de ser «veillé» (no sólo despojado, sino despejado). Esta vocación, desde luego, nada tiene que ver con una afirmación de la vida, sino con un estado de provisionalidad que se presenta bajo dos aspectos complementarios: el exilio metafísico y la posibilidad del suicidio. Lúcido, sólo el desarraigado y el suicida en potencia asumen la tentación de existir como un provisional durable sin poner condiciones ni exigirle un sentido a la vida. Y en cuanto a la escritura, «la voz de la lucidez (que) tiende al silencio pero aún no es silencio» (5), ¿no es acaso la palabra dicha, la violación del silencio primordial, la suprema nostalgia de «reintegrarse a la luz de la pura anterioridad», la suprema rebeldía contra el inconveniente de haber nacido? **Máscara y confesión**, la obra de E. M. Cioran es la paradoja del aciago demiurgo que, hastiado, desengañado del impulso que le obligaba a crear, obedece, no obstante, al movimiento de la creación. ■ **ESTHER SELIGSON.**

Una Historia de la Rusia soviética

Durante los últimos años han ido apareciendo una serie de trabajos que aportan una documentación relativamente completa a la historia de la Revolución rusa y de los primeros años del Régimen soviético. Por su calidad literaria, informativa e incluso humana, destacan las obras de Isaac Deutscher, especialmente sus biografías de Trotsky y Stalin; también de este mismo carácter son la autobiografía de Trotsky y la obra de David Shub sobre Lenin. Existe además el trabajo de G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, cuyos volúmenes quinto y sexto («Comunismo y socialdemocracia») están dedicados a exponer y analizar el contenido de la ideología leninista. En el terreno económico han aparecido diversos documentos de algunos de los protagonistas de esta época, que se extiende desde la revolución de 1917 al primer plan quinquenal de 1929; así, la polémica de Bukharin y Preobazhensky sobre la acumulación de capital, y otros materiales sobre la planificación soviética, aparte del sucinto trabajo de Alec Nove acerca de la historia económica de la URSS. Sin duda, es importante la falta de trabajos de pri-

mera mano, como las obras de Lenin, Trotsky o Stalin. Estas llegan a veces al lector interesado por otros canales que los legalmente establecidos, pero no son accesibles, en general, y, sin embargo, a estas alturas constituyen, más que materiales de agitación, piezas básicas de la historiografía soviética y de los primeros años del movimiento revolucionario ruso, que si bien todavía sirven de base teórica al ideario del movimiento comunista, se encuentran ya básicamente despojadas de su dimensión revolucionaria directa, tanto a causa del tiempo transcurrido como por el hecho de que para el partido comunista soviético y para otros que no están en el poder son en la práctica documentos históricos y políticamente congelados en el mundo de la iconografía bibliográfica: hace ya mucho que Lenin fue enterrado, y no precisamente por el orden capitalista —para el que, por paradójico que parezca, sigue siendo un fantasma—, sino por el orden comunista, dentro y fuera de la Unión Soviética.

Por otra parte, existe una historia propiamente dicha de la Rusia soviética que, integrada inicialmente por ocho volúmenes, viene siendo publicada por la Editorial Alianza; se trata de la *Historia de la Rusia soviética*, de E. H. Carr, sin lugar a dudas el trabajo más documentado y riguroso que se ha publicado nunca sobre el tema y fuente de información necesaria para todo aquel que le interese el asunto. De esta obra han aparecido ya cuatro volúmenes, y sucesivamente aparecerán los correspondientes a las partes del **Socialismo en un solo país (1924-1926)** y los **Fundamentos de una economía planificada (1926-1929)**; estos últimos, escritos en colaboración con R. W. Davies, director del Centro de Estudios para Rusia y Europa Oriental de la Universidad de Birmingham. La realización de este trabajo se ha prolongado prácticamente durante un cuarto de si-

glo, lo cual da una idea de la exhaustividad con que se ha tratado del tema, que, en mi opinión, y por lo menos en lo que respecta al período que comprende (1917-1929), ha quedado, por así decirlo, agotado. No obstante, el propio Carr considera en el prefacio a uno de sus volúmenes que todavía queda bastante por hacer, especialmente en lo que se refiere a la política exterior, sobre la que existen infinidad de documentos procedentes de los archivos oficiales alemanes, soviéticos, ingleses, etcétera, «que tardarán más de una década en ser digeridos por los investigadores».

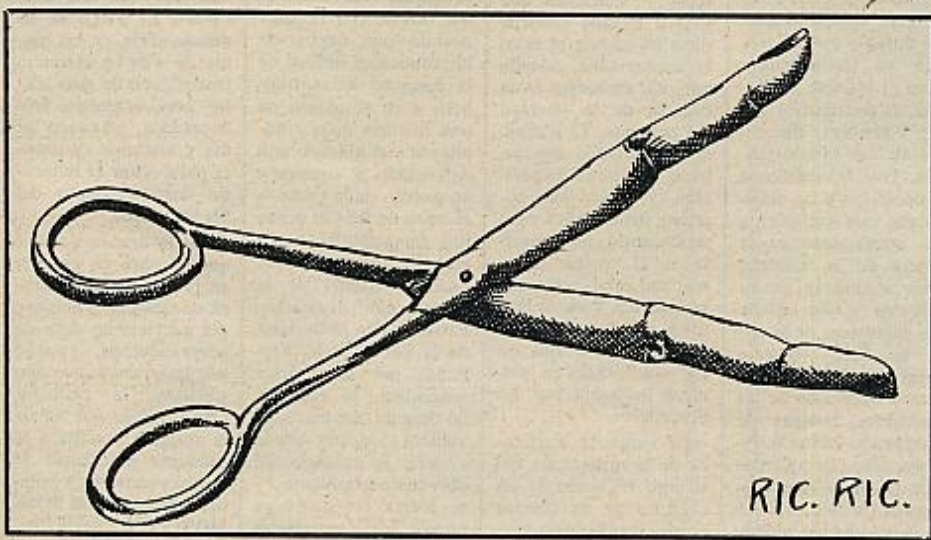
Metodológicamente, Carr avanza y retrocede sobre los diversos períodos históricos en función de cada uno de los aspectos considerados; ello da a veces al trabajo una cierta pesadez. Pero teniendo en cuenta la amplitud y detalle del mismo, parece difícil concebir otra posibilidad de abordar el tema.

Por otra parte, la obra tiene un carácter estrictamente histórico; es decir, ante todo documental y sólo secundariamente analítico. Desde el punto de vista informativo, Carr ha utilizado siempre que le ha sido posible materiales de primera mano para informarse. Aunque en este sentido el trabajo resulta intachable, incluso para los más exigentes, hay lagunas que el lector ha de tener en cuenta y que están provocadas en primer lugar por las dificultades que siempre han planteado las autoridades soviéticas (y desde luego otros países, a excepción de Alemania, cuyos archivos quedaron abiertos a los investigadores tras la segunda guerra mundial) y, en segundo lugar, por las distorsiones de numerosas fuentes de información, llevadas a efecto por motivos de índole ideológica y política: bajo el Régimen de Stalin, en la URSS, se practicó una verdadera reelaboración histórica, acoplando las realidades originales a las conveniencias del

(3) Ibid, página 59.

(4) Ibid, página 131.

(5) Ibid, página 142.



RIC. RIC.

Theodor Reik
**VARIACIONES
 PSICOANALITICAS
 SOBRE UN TEMA
 DE MAHLER**

Walter Benjamin
**TENTATIVAS
 SOBRE BRECHT**

VICENTE HUIDOBRO
 Ed. René de Costa

Santiago Petschen
**IGLESIA-ESTADO.
 UN CAMBIO POLITICO**
 Las constituyentes de 1869

SI LE INTERESAN LOS LIBROS
 DE TAURUS EDICIONES

dirijase a nuestro Departamento
 de Promoción
 (apartado 10161), Madrid,
 Irremediablemente una información
 más detallada de nuestras
 publicaciones.

Plaza del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-8
TAURUS

momento. Donde las lagunas se hacen más notables es en lo que respecta a los movimientos de oposición, tanto al Régimen bolchevique en cuanto tal (desde los anarquistas a los socialistas moderados), como a los que se enfrentaron desde dentro del partido a las sucesivas direcciones del mismo. El trabajo de Carr no aclara realmente el carácter de la insurrección de Cronstadt de 1921 o del movimiento anarco-comunista de Majno y su Ejército Insurgente de Ucrania, liquidado por el Ejército Rojo con la ayuda de la Checa en noviembre de 1920, después de que fueran aliados frente a los ejércitos blancos. Relativamente escasas asimismo son las noticias relativas a la evolución y naturaleza de la oposición de izquierda en el seno del bolchevismo, desde la Oposición Obrera, fundada en 1918-1919 por Kollontai y Schliapnikov, hasta el llamado Grupo de Leningrado, de 1925-1926, pasando por la más conocida de todas ellas, la de Trotsky, Radek, etcétera, de 1923-1924.

El hilo conductor de la obra de Carr es la explicación histórica de cómo un movimiento revolucionario y utópico se transforma en el Gobierno estable de un Estado nacional. Su actitud es fundamentalmente respetuosa para con las autoridades soviéticas, y mantiene en todo momento una cierta constante admirativa hacia el mismo Stalin, que durante todo el trabajo va destacándose como el hombre de Estado, el constructor astuto y prudente que reclaman las circunstancias. Los movimientos de oposición y las alternativas que comportan van quedándose en la cuneta de la historia, como aventuras inconsistentes y sin salida. Los desenlaces de la crisis de 1921 —décimo Congreso, oposición obrera, supresión de las fracciones, huelgas de Petrogrado y Moscú, insurrección de Cronstadt, nueva política económica, primer fracaso de la revolución alema-

na— y de 1923 —oposición de Trotsky, fracaso definitivo de la revolución en Alemania, surgimiento del fascismo—, parecen ya determinados con anterioridad, como si los márgenes de la Historia fuesen muy estrechos o prácticamente nulos. Con la fuerza de su objetividad, Carr asume plenamente y desde el principio el contenido oficial de un proceso marcado previamente por su irrevocable destino. No hay «degeneración», sino lógica en el despliegue de una revolución que, como todas las cosas de los hombres, está sometida a unas condiciones específicas determinantes.

Sin embargo, la Historia sólo es un curso determinado por los factores que lo circundan en su elaboración «posteriori». Y la investigación histórica, aunque vaya de atrás adelante, se mueve en una ulterioridad desde la que su devenir está siempre justificado. La propia posición histórica del investigador hace de la realidad presente la determinación del pasado. Sólo para un ordenador electrónico el presente constituye lo absolutamente determinado (y aun así a veces se equivoca); para los hombres, el presente no deja de ser en su inmediatez una incógnita, precisamente porque se proyecta libremente hacia el futuro. De ahí que la Historia sea una elaboración del tiempo, su fijación en fases, procesos y relaciones que sólo a efectos teóricos tiene en cuenta el azar, lo imprevisible, aquello que, sin embargo, es la esencia de la libertad del presente. El trabajo del historiador supone, pues, una toma de posición (y cuanto más objetivo, más precisa y determinante), un definirse en el sentido de la realidad establecida que se justifica. Y así, la Historia escrita ratifica la condena de lo que ya fue condenado en primera instancia por los vencedores.

La violencia intrínseca de la ordenación del tiempo histórico y del carácter de su devenir parece mucho más acu-

sada cuando se trata de un fenómeno, como el de la Revolución de octubre, que es en sí la libertad de los hombres para hacer su presente, y un trabajo como el de Carr, único probablemente en su género, valioso como aportación, es también la sanción de la necesidad. Esa es la primera lección. La otra, la que se proyecta hacia el futuro, es una hipótesis. ■ LEOPOLDO LOVELACE.

«El pelo de la dehesa», un teatro olvidado

La lectura de *El pelo de la dehesa*, de Manuel Bretón de los Herreros, publicada por Cátedra, en edición de José Montero Padilla, suscita muchas consideraciones al margen de las que pudiera hacer cualquier estudioso de nuestra literatura. Desde una perspectiva específicamente teatral —es decir, atendiendo a lo que sucede en nuestros escenarios—, el encuentro con textos como éste prueba hasta qué punto ha sido pobre la política cultural de nuestros días. Teníamos, en efecto, varios teatros subvencionados y se quería apoyar una dramaturgia históricamente significativa y de escasa incidencia en la realidad política contemporánea. ¿Por qué no se tomaron, entonces, y aun aceptado el raquitismo de ese principio, obras como la que nos ocupa? Lo digo porque, aun dentro de los conocidos límites de la comedia de costumbres y en el marco de una historia nada complicada —el aldeano rico enfrentado al «quero y no puedo» de la Corte—, el texto de Bretón posee una innegable gracia verbal y un sentido muy llano y directo de la construcción dramática. Estrenada en 1840, cuando la Corte estaba tipificada por la retórica romántica, la comedia no deja de plantear a su manera el eterno debate sobre la autenticidad del comportamiento, y se presta, sin caer en ningún idealismo bucó-

lico, a montajes nada anacrónicos.

¿Pero cómo iba a ocuparse nadie de una obra de Bretón si hasta los Lope, Tirso y Calderón han sido, tantas veces, más una obligación que un gusto?

Yo recuerdo que Claudio de la Torre, en la época en que dirigió el María Guerrero, intentó alguna vez desvelar este teatro. Pero la cosa se quedó en montaje aislado, sin que a niveles de actuación, de puesta en escena, de crítica y de comprensión del público, se estableciera el hecho cultural que el intento pretendía. Lo que quiere decir que un autor como Bretón se nos ha quedado en los libros, sin ocupar ese puesto menor, pero sólido, que debiera tener en nuestros escenarios. Aunque, bien mirado, en un teatro sin repertorio, como es el nuestro, siempre a la caza del texto «coyuntural», necesitado del gran éxito, es lógico que no haya espacio para obras como ésta.

El montaje de «El sí de las niñas», de Moratín, en el Español, por Miguel Narros, probó que las cosas podrían ser distintas. La obra de Moratín le importó a la gente, y a cuenta de la misma se airearon una serie de cosas que nuestro público debía conocer.

Ningún arcaísmo, pues, en lo que digo. Simplemente repetir que un teatro sin historia está siempre amenazado de ser un teatro ingenuo, y que una obra como *El pelo de la dehesa* sería, en los países de serio ejercicio teatral, uno de esos textos periódicamente frecuentados, puestos al día y tomados en cuenta para evitar el reiterado descubrimiento del Mediterráneo.

Por lo demás, saber que la obra se estrenó en 1840, y que ni siquiera se anunció el nombre del autor, no deja de sorprendernos, tanto por la frescura que aún conserva la comedia, como por lo que va de la antigua sencillez a la moderna petulancia de tantos escritores y hombres de teatro. ■ JOSE MONLEON.